

# Montiel Ballesteros

## o el humorista insurgente

Todos tenemos, desde la pubertad, imágenes vívidas de ciertas personalidades que hicieron irrupción en nuestros sueños, nuestra emoción o nuestro desamparo por puertas y ventanas subrepticias. Algunos, los menos, entraron por la puerta ancha, pero fue desde el banco escolar, el aula o la cátedra. Esas imágenes, que en alguna forma participan de nuestra vida, acurrucadas en las salas o los desvanes de nuestra memoria, despiertan algunas veces de súbito al contacto emocional de las analogías intelectuales o por hechos inesperados.

Acontece también que otras figuras nos asaltan de golpe desde el sueño, extrañamente sueño ellas también, y así nos quedamos perplejos ante la punzante dubitación

de no saber si lo que nos impresiona hoy o despierta nuestro amor fue realmente vivido o soñado.

Es lo que me ha ocurrido con Montiel Ballesteros. Cuando lo vi por primera vez, creo que hace treinta y cinco años, tuve esa compleja impresión de que su rostro, su atuendo, su barba y la limpia entrega de sus ademanes me eran familiares. No pude entonces, y tampoco ahora, escudriñar desde qué rincones de mi alma este escritor reaparecía en mí entre aires y contornos cordiales. Pero el coloquio de aquellos días lejanos fue para mí como la reanudación de diálogos que en fecha remota habían quedado interrumpidos.

### La prestancia de Montiel

Sin duda, de lo que tenía yo más recuerdo, y que era lo que abría todas las puertas psicológicas de comunicación con él, partía de la estampa hidalga de este escritor uruguayo. Bien labrado en su figura humana con materias criollas e hispánicas, de inmediato acorta todas las distancias por la naturalidad de sus gestos, el aire liviano de su palabra y ese brillo un tanto picaresco de sus ojos. El hombre sabe callar, pero tiene el don de decir en el instante preciso lo que necesita el prójimo o el compañero. Lo expresa con la fluidez de su sonrisa entre un juego natural de su humor. Nuestra seriedad cierra las puertas, pero él encuentra pronto los medios para abrirlas sin molestar a nadie.

Todos somos un poco zahorí con respecto al alma ajena, pero no a la nuestra. Así, por lo general nos conducimos como arístarcos o fariseos para juzgar a los demás, pero como narcisos o benjamines para hacer juicios acerca de nosotros mismos.

Estas aberraciones de nuestra conducta influyen penosamente en el desgobierno con que marchamos sobre el mundo. Y sin duda proviene de esas fuentes, tristemente emponzoñadas por la feroz egolatría de cada uno, que la vida carezca de la frescura y del latido de felicidad que debiera tener para bien de todos.

Montiel Ballesteros, tocado en su entraña íntima por el ángel y el demonio del poder creador, tiene como signo la ejemplaridad de una donosa y comunicativa camaradería literaria. Mas dicho así, con el vocablo de su oficio, casi no se podría aprehender las medidas exactas de su alma. De consiguiente, es perentorio mostrar al desnudo su estampa de caballero, su ágil y natural figura de hombre bien construído en la carne y el espíritu de varón hispano-criollo.

Es criollo, enraizado en su tierra con encendidas aperturas a la patria americana. Siente, despliega donosuras naturales y sabe adueñarse además del empaque y la responsabilidad de hombre con orígenes hispánicos. En suma: apasionado, insurgente y veraz español de América.

Juan Ramón Jiménez no lo vio que yo sepa. Si lo hubiera visto conjugarse tan naturalmente en su esencia humana y americana, estoy seguro que viviría nuestro hombre en aquel libro sin par que se llama ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS.

De todos modos, establezco aquí a mi modo estos pormenores de su prestancia física, sin duda cimienta y cobertura de su fisonomía espiritual. Así, entra en escena viéndosele por fuera a objeto de un mejor verlo por dentro.

## El escritor en función de libertad

Es bien cierto, para aquilatar las calidades de un hombre público —el escritor lo es como testigo, acusador y analizador—, que nada es más eficaz que tomarle el pulso a sus ansias de libertad. En este sentimiento no caben intermedios: o se tiene vocación activa y creadora por la libertad o se la manifiesta uniéndose a las prerrogativas e intereses de las clases privilegiadas.

La libertad, la libertad con pueblo adentro, con hombres que padecen y se destrozan por los sofismas y las frustraciones planificadas de la libertad, es el aire viviente de toda sociedad realmente humanizada y emancipada.

Por desgracia, como van hasta ahora las cosas de nuestro planeta, existen pocas zonas del mundo donde verdaderamente acciona esa alta pasión del destino humano. Aunque sea así, es perentorio desvelarse por ella, destrozarse en cuerpo y alma; ir entre las olas trágicas o el filo conmovido de las nuevas auroras que apuntan sobre la tierra.

Montiel Ballesteros es varón de dolores y estrujamientos por la libertad. Cada escrito [suyo, hasta los más alegóricos e ingenuos con destinatario de la niñez o la juventud, lleva en alguna parte, secreta o confesada, esa vibración de su temperamento.

Pero la pasión de la libertad, que a veces se pone máscara o hace piruetas humorísticas en este hombre, tiene clara conciencia de que poco o casi nada vale una libertad a secas, esto es, vacía de toda verdad humana. Acontece en esto como en aquella comedia satírica de

la justicia a secas, que a la postre es una pobre justicia desvaída, sin estremecimientos y realidades humanas.

La libertad que ama Montiel —la que amamos quienes sufrimos y luchamos por ella— es una libertad de carne y hueso. Del mismo modo, la justicia que anhelamos, meta creadora de una total verdad del hombre, no puede ser otra que una justicia con pueblo funcional dentro. Tener conciencia de todo esto —Montiel la tiene— es ser irremediamente un insurgente, un combatiente.

## Literatura con fervor infantil

Montiel Ballesteros está movido por la acuciosidad y la ternura de la infancia. De esa pasión han surgido sus obras en que hunde su sensibilidad en la tierna psicología de los niños.

Es largo el repertorio de sus trabajos dedicados a la infancia y también a la juventud. Cuentos, apólogos, narraciones, teatro infantil, evocación y adaptación de símbolos eternos literarios y mitos enderezados a dar hondura y belleza a la imaginación y los sueños de esa edad.

Ha escrito asimismo fábulas de hondo contenido humano, estético y espiritual. Sus «Cuentos uruguayos» le permitieron abrirse camino en esa rama, pero logró afianzarse con «Alma nuestra», «Vida y mundo de Juancito el Zorro», «Querencia», «Montevideo y su Cerro», «Queguay, el niño indio» y algunos volúmenes de teatro menudo. De esas obras, despierta especial emoción «Don Quijote Grillo», novela para niños bordada sobre el cañamazo de diversos símbolos y una serie de diálogos de evidente intención humana y social.

En este género tiene también singular importancia «El viaje del pibe alrededor del mundo», y muy especialmente «Cuentos para los niños de América».

«Don Quijote Grillo» es una hermosa fabulación en que el escritor despliega sus mejores recursos narrativos. Sabe bordar hábilmente sus símbolos y alegorías e imponerles, a través del juego literario de su pluma, saludables vibraciones de ejemplaridad moral y social.

Como cuentista de niños es posible ponerlo, sin desmedro para nadie, al lado del brasileño Monteiro Lobato y del argentino Alvaro Yunque. Constituyen una trilogía de América del Sur, palpitante, henchida de lucidez humana, con valiosa carga de experiencias y ternura en acción.

Al lado de tales virtudes, forzoso es anotarles otros valores: los tres están movidos por la dinámica combatiente de los problemas económicos, morales y sociales de nuestros pueblos. Monteiro Lobato ya se fue pero sus cuentos, alegorías y alegatos siguen en pie de combate por un mundo mejor.

Alvaro Yunque y Montiel Ballesteros prosiguen con el arma al brazo, luchan con dignidad y coraje hostigados por la dureza inhumana de una sociedad que no ha podido transformarse a fondo para enaltecer a los hombres. En ese campo, cuando no pueden combatir, cada vez aflora más inseguridad para las conciencias libres, —lo hacen con alusiones irónicas—, trazos grotescos y sarcasmos sangrientos.

En síntesis: hay que buscar en esta extensa y grávida creación del escritor uruguayo, no sólo las vías de su apasionada ternura, sino las respuestas que lanza

a través de los niños a la sagrada estupidez de los sectores más endurecidos y egoístas de la sociedad burguesa.

### Naturaleza y esencia del aforismo

Escribir aforismos porque sí es tan necio e insubstancial como amar porque sí. Ha de amarse sintiéndose arrebatado desde los instintos y los sueños, desde la oscuridad y la luz; que el amor se emparente profundamente con la muerte. Ahí, según me es dado ver, está la amenazante paradoja del amor: que siendo la más intensa y desbordada ebullición de la vida, constituye sin duda la consubstanciación con la contravida: la muerte.

Pues bien, el aforismo ha de constituir también, en su breve mundo de intuición y experiencia, una especie de lanzazo y caricia, de compulsión anímica y abrazo del corazón.

Generalmente créese que el aforismo está construido con monólogos o soliloquios. No es así: hierven en su entraña ardientes o meditativos diálogos. Desde la piel es uno el que conversa, pero más adentro son muchos los que hablan. Por virtud de ello, este género es el que tiene más proximidad con nuestro desvelo, el que más atrevidamente nos toma por las entrañas del pensamiento o de la vida para despertarnos de veras.

En ocasiones suele constatar que algunos aforistas dialogaron con sombras. Son aforistas fantasmales. A pesar de ello, no menos ricos y conmovedores que los otros. Todo depende de las atmósferas en que se vive, del temblor y del pavor, para emplear una frase

célebre de Kierkegaard, en que transcurre el hombre de adentro.

Me pareció siempre que no hay artista verdadero si no se forja a campo raso, bajo el latigazo del sol, la helada, el descampado y las crueldades de la naturaleza, el mundo y la sociedad. En otros términos, me atrae el varón de intemperies, de sufrimientos pertinaces. Cuando encuentro esa conjugación en un alma, al punto me arrimo a su vida, busco escrutarla e impregnarme de sus secretos entrañables, de sus agitadas fuerzas nutricias. Tal vocación, aunque parezca vanidad, permitiéndome despertar mis raíces de hombre sufrido, mi conciencia de escritor insomne.

Si hubiera de hacerse un balance espiritual de mis amores y repulsiones, tal vez se tendría de mí no el rostro que tengo sino una caricatura doliente. Felizmente, sé comportarme con mis sueños y fantasmas como varón que se afirma y se quiebra a tiempo. Quiero decir que estoy sujeto a desparramos del alma, a quiebras terribles que me vienen por el lado de la sangre y la esperanza. Pero mi signo es recomponerme pronto, saber rehabilitarme en la dulce medida de mis sueños y mis verdades. Esto me permite admirar para comprender, estar vigilante en el destino ajeno para conocer a fondo el que me corresponde en definitiva.

En torno a este género, me parece oportuno reincidir en algunos conceptos que transmití hace algún tiempo al propio Montiel Ballesteros. Le decía que el aforismo, para esa suerte de jugárselo todo al temblor y al fulgor de una frase, puede constituir nuestra perdición o nuestra salvación de artistas. Con frecuencia carecemos del ímpetu intuitivo y la presteza creadora

para salir victoriosos de la empresa. Pero no hay que desanimarse: si tenemos realmente esa intrepidez sorprendente de la brevedad viviente, el ser entrañable del aforismo hablará por nosotros.

Es riesgosa la faena: hay que encerrar en una nuez toda la aurora, grandes melodías o desesperados crepúsculos sangrientos. Conjuntamente el diálogo de nuestros desengaños, la sórdida venganza de la vida que se rompe por todas partes y el hecho de un corazón que no se resigna a ser pulverizado por la frivolidad y la estupidez de los demás.

Para grandes alcances, es posible afirmar que el aforista de raza remueve las entrañas del mundo con ese instrumento menudo de la frase cargada de electricidad humana. Los más aptos y viriles suelen ser los más desengañados; los que de modo más agrietado y compulsivo estrujan todo lo que les duele o les enajena a fin de filtrar con la ironía, el sarcasmo o el relámpago filosófico cuanto lleva la criatura en sus incongruencias, absurdos, durezas, reacciones animales, frustraciones o desencuentros del alma.

### Los grandes aforistas

El género es de viejo y glorioso abolengo. Se acuñaron en él, en la Antigüedad, almas tan esclarecidas como Pitágoras y Epicteto, Marco Aurelio y Séneca. Muchas de las grandes figuras bíblicas tuvieron preferencia por ese trazo, fugaz, sentencioso o irónico del pensamiento o la sabiduría. Quiero aquí mencionar únicamente a dos: Salomón y David. El rey-sabio vertió las mieles y las hieles de su ciencia en esa fulgente mo-

neda del alma. El Libro de los Proverbios y el Eclesiastés están cincelados en ese prieto escudo de las contiendas de la inteligencia y la conciencia. Los versículos de David, inflamados por un gozoso sentimiento de lo Desconocido, en buena parte son también aforismos poéticos.

Pero en la edad moderna esa literatura encontró preclaras realizaciones en Montaigne y Pascal, en Gracián y Quevedo, en La Bruyère y La Rochefaucauld, en Carlyle y Emerson, en Schopenhauer y Nietzsche, en Lichtenberg y Novalis, en Goethe y Hebbel, en Joubert y Renard. ¿Y en este siglo no dieron sus mejores frutos en esa brevedad ardiente Charles Péguy y Simone Weil? ¿Y el caso patético de Leopardi en el «Zibaldone»? ¿No trajo él, para casi toda la literatura italiana e incluso europea, la moda del bullente mundo apretado de la reflexión, la experiencia cargada de sangre o el latido desesperado del aforismo con abejas y miel amarga dentro?

Sin ir más lejos, diremos que en Argentina condensaron su desengaño, su pasión poética, su saña sarcástica o su odio del mundo dos escritores de talento auténtico: Enrique Méndez Calzada y Fernández Moreno. Del primero «El tonel de Diógenes» y otras obras de punzante ironía; del segundo «Aire aforístico» y «La viga y la mariposa». Llevaron el género a delicados niveles humorísticos y poéticos.

Sin embargo, me parece que Antonio Porchia ha golpeado secretamente en todos los clavos de su encendido desvelo aforístico.

Hoy por hoy, su libro VOCES es la obra más

pura y fehaciente de un hermoso espíritu que se quema en su llama con dulce y viviente en energía los sueños, la congoja humana y el alba de una esperanza estremecida.

Me ha gustado repetir este pensamiento mío: «Conviene no engañarse: aunque maduramos, siempre vivimos en espera de la verdadera madurez.» Esa actitud, me parece, abre muchas de las puertas por las que aún no hemos entrado. Y es forzoso saber que la vida, eso tan cambiante, contradictorio, desparramado, sucio, repleto de rupturas y que de manera inesperada reaparece un día cualquiera con su onda más bella, es por lo único que en fin de cuentas cabe desesperarse, crear, soñar grandeza y quedarse terriblemente solo bajo la frígida mordedura de todas las intemperies.

Porchia, como Renard, es un varón del aforismo. Por iguales razones ya veremos que lo es, y en anchas medidas, este Montiel Ballesteros que estamos trabajando en esta introducción.

Dice Porchia: «Tenemos un mundo para cada uno, pero no tenemos un mundo para todos». ¿No hay aquí alegato y acusación? Escuchemos este otro aforismo suyo: «Tú crees que me matas. Yo creo que te suicidas». Ese dardo se dirige envuelto en fuego al duro corazón de ciertos críticos.

Montiel Ballesteros, con hogueras propias en el pensamiento y el corazón, trabaja con abejas, anda frecuentemente en su colmenar y ha logrado amaestrar una legión de avispa para que nos claven sus lancetas a fin de mantenernos despiertos.

## Aforismo con pompas de jabón

Estamos acostumbrados a que cierta literatura esponjosa, desgraciadamente muy bien pagada en grandes diarios, cultive el aforismo con un hombre penosamente distraído dentro. En el fondo, balbucea con gracejos, cierta gracia dominguera y un abrir de cáscaras vacías.

Es el aforismo de pompas de jabón. Montiel Ballesteros ubica bien a tales cultores y, sin duda para prevenirse, búrlase de ellos y de sí mismo.

Oigamos este fragmento de su libro:

«Opinan que sólo construyes pompas de jabón. Si tu caletre no te da para más, trata, por lo menos, de hacerlas perfectas.»

El aforismo exige a veces cierta vaporosidad, un ágil vuelo de paloma mensajera. Es el instante en que el alma del creador tórnase tierna y azul. Mas estemos en guardia: la insustancialidad y la vaciedad no pueden nunca confundirse con el ángel de la belleza. Quien vuela seguro, ve amplios horizontes desde su vuelo; es un atleta del aire o un cosmonauta que termina por familiarizarse con muchas de las geografías cósmicas. Así habla henchido, rico de savia comunicadora, con los motores del corazón bien encendidos.

## El aforista insurgente

Sin hipérboles ni falsas modestias, técnica de muchos tontos engreídos por la literatura, me atrevo a decir que Montiel Ballesteros es el prototipo del aforista insurgente.

El mismo lo deja entender en algunos de sus pá-

rrafos. Aquí éste tan expresivo:

«—Tú eres un rebelde.

—Que me lo perdonen.

No lo sabía. ¿Cobran patente por eso?

—Sin duda. Y un elevado monto. ¡Lo pagarás con alma y con sangre y hasta muy bien puede ser, con hambre!»

Creo sinceramente que ha pasado la hora del aforista con juego, el que escribe como quien hace charadas. En este mundo de dramáticas opresiones, furias dogmáticas, fariseísmos intelectuales y morales, hipocresías de arriba y de abajo, trágicos desencuentros del destino humano y exacerbación del odio a las ideas, la única actitud de limpieza y decoro es la insurgencia. »

Me parece, al respecto, que pocos han hablado tan claro como Jean Paul Sartre en su profundo libro «¿QUÉ ES LA LITERATURA?».

Los acontecimientos quemán en las manos y la conciencia como plomo derretido o alquitrán hirviente. Es forzoso desembarazarse de esas materias abrasadoras o quedarse calcinados.

Es bien sabido que el que se revuelve por el combate, como pueda librarlo, se nutre de esperanzas: apunta sus sueños y sus desvelos humanizadores a las entrañas del futuro.

Lo perentorio es entrar en acción, «participar», comprometerse dentro mismo de la velocidad y las responsabilidades de los hechos humanos. No se trata de

salir a la calle a tirar dinamita ni de blasfemar contra creyentes o herejes. El espíritu tiene, en cambio, fábricas y talleres donde el verdadero creador puede transformar todas las inmundicias y detritus de una civilización que se devora a sí misma, fundiéndola dentro de altos afanes de liberación y justicia.

Emociona ver a Jules Renard, alcalde vitalicio de su pueblo, enlodarse, como dice él, en las charcas de la política. Su alma profesaba la divina religión de la belleza, pero sus deberes humanos lo mantuvieron actuante, día y noche, fresco sobre el sucio oleaje de los intereses y apetitos de la comunidad. Supo ir adelante con su fragante carga de aforismos, no siempre rica de aromas sino también de avispas.

Montiel Ballesteros «conoce» ese combate del que no se sale sino para morir. Al filo de sus cincuenta años de escritor entrega «LA HONDA Y LA FLOR», colmenar enamorado y beligerante que da palmariamente el testimonio irrefutable de una noble y clara vida.

Sus aforismos —lo diremos en otros párrafos— tienen nardos, vidrios de colores alucinantes, pero debajo ametralladoras con cinturón de proyectiles poéticos y filosóficos de fuego.

¿Hicieron otra cosa Voltaire, Lichtenberg, Chamfort, Casanova, Hebbel, Nietzsche, Larra, Ganivet, Unamuno, Bernard Shaw, Gorki, Rafael Barret o el tierno y terrible Heine, humorista de gran artillería que bombardeó por elevación todo el filisteísmo filosófico y la pseudo cultura germánica de los patriarcas de su patria?

Sin duda admiramos a Gómez de la Serna. Fue prominente aforista de humor saltarín de circo, de narraciones con golondrinas, payasos, esferas mágicas,

amor por las cosas cotidianas y aquellos cortantes espejos superpuestos que le llevaban a la eternidad. Un talentoso bufón de sí mismo que dio entretenimientos celestes y terrestres a los muertos que resucitaba con sus admirables biografías.

Empero, su enorme talento literario no pudo librarlo del escritor inválido que llevaba en su alma. Vio sufrir a su pueblo y a los pueblos del mundo; sintió el hedor de la sangre del mundo, pero distorsionó todo con hermosas bufonadas. Bien claro: esquivó la pelea, miraba espejos y bellísimos figurines y pisapapeles para no encontrarse con la tragedia del mundo.

Esto le llevó, en muchas cosas, a traicionarse a sí mismo. Lo digo con dolor porque le amo; lo denuncio porque le admiré como un alma genial. Pero con su cobardía no se abren, sepámoslo bien, las puertas del cielo.

Montiel Ballesteros es la contrafigura: el hombre que sale a la calle a pelear con las supersticiones, los mitos, la nauseabundez de la explotación humana y las mentiras seculares. Ahí están la ejemplar insurgencia de sus aforismos; de sus cuentos con intención humana; las novelas con criaturas abiertas al presente y al futuro de un mundo mejor.

Si no está en nuestras manos convulsionar a los demás con la acción directa, ¿por qué no hacerlo con nuestros sueños, nuestra literatura, nuestros padecimientos, nuestra alegría repartida como pan para los hambrientos?

Lo funesto y lo mortal es morir antes de morir. Y hay legión a quienes les acontece suceso tan des-



graciado: ¡se mueren antes de morir por miedo a ellos mismos, por cobardía de no mirar las nuevas verdades del mundo!

### El demonio de la literatura

¿No amamos más que la literatura? ¿Es que la vida y el corazón necesitan ser pensados para que sean realidad? Desde otros ángulos, ¿en qué medida lo que nos conmueve pidiéndonos expresión contiene en sus vísceras la verdad de nuestra vida?

Caben infinitas sospechas contra ese producto de nuestros tormentos y nuestras delicias que llamamos «literatura». A pesar de ello, ¿podríamos vivir sin su embrujo perturbador, sin esa maldición de sentirnos sátnicamente creadores, con deidades en los sueños y sin amor en la pelea?

Lo dice el propio Montiel:

«¡Ser proa!

Aunque sea de un barco de papel.»

Después agrega entre creyente y escéptico:

«Ten confianza.

Escribe.

Aunque sea para

las polillas.»

Y por esas mismas vías de la autocompulsión se expresa a sí mismo para higienizarse de las plagas del mundo:

«Destruir es iluminar.

—Sí, porque si no te expones a darte con la piqueta en los dientes.»

Yo quisiera convencer a muchos que dejarse bloquear y encarcelarse en el silencio es actitud antihumana, suicida. Combatir siempre, pelear con los puños o el alma. Si no estamos dispuestos a dejarnos quitar el rostro que nos pertenece y llevar en su lugar careta, debemos entrar en la contienda, de las ideas o de los hechos, del humor o de las sagradas resonancias del amor. ¡Pelear, divisar horizontes nuevos, renovar desde las cenizas del escepticismo nuestra fe! ¡Y todo por el insobornable fervor de creer que marchamos hacia adelante, que de cualquier manera maduramos!

### ¡Dios ha muerto!

Los tres libros aforísticos de Montiel llevan dentro ese desgarrón del descreimiento de una verdad trascendente. Como Nietzsche puede exclamar: «¡Dios ha muerto!».

En sus cuentos LA JUBILACION DE DIOS, una de las obras de más rica enjundia humorística —bellamente escrito, además— este escritor uruguayo pone los puntos sobre las íes. Endereza claro para los territorios de sus herejías. Sin duda, Montiel es un escritor hereje, cosa que sin disputa no debe preocuparle, porque ya un famoso arzobispo de Las Canarias proclamó: «Unamuno, maestro de herejes».

La herejía, en éstas como en otras cosas, es sagrada. Quien no siente dentro ese Viento perturbador, ese terrible aire de altura, poco nuevo tendrá que dar a los hombres.

Yo conozco bien adentro ese terrible Viento que agitó las entrañas de admirables criaturas de inmensa

fuerza creadora. Es el Viento whitmaniano, nietzschiano, unamuniano. ¡Un trágico y vivificante ardor compulsivo que destroza ñoñeces, supersticiones, dogmas, enfermedades del pensamiento y de la conciencia!

Spinoza, el sesudo y manso Spinoza, sintió en su alma y en sus arterias el soplo sagrado de ese Viento. Sufrió por amarlo y salir a todas las intemperies de la razón para entregarlo puro y auténtico a los hombres. ¡El Viento le entregó su filosofía y la endemoniada revolución que trajo contra el sectarismo, la ignorancia milenaria y el hambre y la sed de los hombres!

El problema de Dios es como un airón amarillo en los aforismos de nuestro escritor. Conviene seguirlo algunos tramos por su libro:

«Dios es el obrero.

El Diablo es el empresario.»

Hay aquí, como vemos, una actitud de sátira candente para eliminar todas las cuestiones confesionales o metafísicas. Sin embargo, amenazado el hombre por las inenarrables descomposiciones que padece la sociedad burguesa, no es extraño que llegue a pensar que en el mundo tiene más poder Satán que Dios.

Me parece por demás sugerente este aforismo del presente libro:

«El fracaso de Cristo —el auténtico— consiste en que continúa negándose a cobrar entrada a su espectáculo.»

La sátira humorística acerca de esta sustancial realidad le lleva a decir:

«Del reportaje a Dios:

—Yo era tan feliz antes que me inventaran los hombres!»

Cabe pensar que Montiel Ballesteros posee esa felicidad de encontrarse en la tierra para burlarse de todo. Por supuesto, su burla no respeta ni a él mismo.

Vive este escritor entre paradojas, sarcasmos, bufonadas y risas. Es claro: el hombre tiene su entrañable sufrimiento para usar de esos adminículos psíquicos con tanta abundancia. Tal vez blande esos instrumentos —o espadas, a lo mejor— precisamente porque la vida, con ser lo mejor que poseemos, parece haber prescindido de todas las leyes. Aquí busca certificarlo:

«El amor no posee leyes, quizás en la misma proporción que las leyes no tienen amor.»

Pero el hecho vivo es que Montiel ha resuelto liberarse de todas las tutelas. Y en primer lugar la de Dios.

No cabe duda: es un hereje consumado. Me imagino la terrible vocinglería de los que se desayunan y se acuestan en los espinosos colchones del dogma. El hombre que lleva hermosas deidades en sus sueños, que ha creado un bellissimo símbolo para su poesía, puesto en uno de sus libros, EL ANGEL TENAZ, sale ahora en esta obra diciéndonos que Dios ha muerto. ¡Si es para morir de una vez!

¡Hay que levantarse, amigos! Por más que reneguemos, nunca está todo perdido. Las tinieblas cercan, se vuelven espesas, pero el corazón lleva consigo su luz. ¡Y esa luz, contra demonios y descreídos, es y será inmarcesible!

### Los libros aforísticos

Me parece sumamente simbólico y significativo

que Montiel Ballesteros, al pasar la frontera de sus cincuenta años de escritor, entregue al público este sustancioso libro de su género preferido.

Tres son los libros aforísticos de este uruguayo: LA ROSA EN LA CALAVERA, JUANSINNADA y el que tenemos por delante: LA HONDA Y LA FLOR.

LA ROSA EN LA CALAVERA es uno de esos libros en que la poesía se nutre de picantes y salmuera. Hay insurgencia, atrevimiento en el humor, desesperación velada en el escepticismo.

Estos conceptos, expresados así, apenas si desgranar algunos pétalos de esa riqueza floral y frutal de la obra. En sus páginas el humorista se abraza con el poeta, hace gimnasia muscular con el luchador y luego, como quien descansa de inmensas fatigas, se asoma al balcón del mundo para escrutar el conturbado corazón de los hombres.

Confieso que colocaría este libro sin temor al lado de los más prestigiosos de muchos humoristas europeos. Es fino, ágil de nervios y tiene la gracia enjundiosa de danzar sabiamente sobre los vastos temblores entremezclados de la vida y la muerte.

JUANSINNADA ha volcado en mi alma un turbión de desasosiegos ideológicos, humanos y sociales. Su figura es ásperamente autobiográfica, un símbolo de pobreza desarrapada, de angustia civil en tropiezos, de arbitrario amor en desparramo humano. En suma, un vagabundo filosófico que de tanto en tanto, en fuerza de distorsionar las ilusiones y las congojas de su vida, dispara sus aforismos y dichos con músculos frescos y viriles.

Sin duda, va y viene en la obra una criatura de carne y hueso. Así, cuando piensa o se burla, entrega sustancia viva, carne con filosofía y dinamita.

Es forzoso oírle, aunque sea al galope:

«—Tengo cada vez menos.

—Posees cada vez más.»

JUANSINNADA va de una paradoja a otra. Pero nunca se despoja de sus sarcasmos combatientes, de su gracia de hombre sometido a todas las ironías de un destino cruel. Oigámosle otra vez:

«Mi humildad debe estar constituida por unos fragmentos del orgullo y de la soberbia que habrán dejado caer los dioses.»

¿Y qué decir de LA HONDA Y LA FLOR? Me parece que este uruguayo lleva en este libro a la cima su audaz y desprejuiciada insurgencia. Es un perenne combate en libre circulación por la burla, el desengaño, la ironía saltarina y el dolor transfigurado. De una u otra manera, para fines que ve claros en su conciencia, arremete contra las ñoñeces, prejuicios, quiebras, hipocresías y suciedades de la sociedad burguesa. Por supuesto, sabe manejar sustancias estéticas en plena lucha: unir el sarcasmo a la ternura, la poesía a las pústulas humanas. Y llega un momento en que destapa las cloacas de las supersticiones y los dogmas para hacernos ver, como a contraluz de nuestra cobardía, que somos oscuramente esclavos de fetiches y fantasmas.

La verdad es que de todo se burla, incluso de sí mismo. Es por ello que hay que celebrarle el coraje civil —¡sí, coraje civil, hoy tan escaso en nuestras patrias!— de llamar al pan, pan y al vino, vino. Lo hace con gracia saludable, con humor atlético, a través de

un lúcido y fino chorro de poesía que nutre e ilumina.

En síntesis: LA HONDA Y LA FLOR es un alegato, un mensaje y la radiografía de una conciencia cargada de padecimiento humano, de ardientes ideales y enmarañado amor por el hombre.

### «Me duelen los sueños»

«Me duelen los sueños», dice Montiel Ballesteros. Es ésa la tragedia del soñador: aferrarse a lo que le destroza. Mas todo, pienso, tiene su contrapartida y su compensación. Si no fuese así, no se hubieran creado tantas cosas profundas y bellas. Es verdad que las roe la muerte, pero también les entrega la vida renacientes fuerzas germinales. Nosotros persistimos en herirnos hasta la médula, pero rara vez logramos destruirnos: reaparece nuestra voz, nuestra insondable vibración espiritual. Y los sueños resultan así la otra cara de las realidades que detestamos.

Montiel Ballesteros, artista encendido, alma traspasada de ternuras secretas, desde su fondo ni reniega de la vida ni maldice de los hombres. Simplemente conoce a aquélla, tiene conocimiento desgarrado de éstos. Pero, es irrefutable, no se deja quitar sus sueños: ¡los humaniza, los transfigura!

Este aforismo da cuenta de esa metamorfosis:

«El soñador es el personaje al cual,  
diariamente, la ilusión le coloca una  
moneda de esperanza en la faltriquera».

«Me duelen los sueños». Es de alegrarse que sea así. Sueños que no duelen no son combatientes, no sufren ni aman el atormentado destino de los hombres.

Lo que necesitan las criaturas es precisamente eso: sueños cargados con sangre, con alegre dramatismo humano.

En otros términos: ¡sueños capaces de destrozar al soñador, de herirlo en sus entrañas a fin de darle altos estremecimientos, de poner en su corazón la dulce melodía de una humanidad nueva!

### Un escritor irreverente

Como en Montiel algunos temas son implacablemente machacones, no queda más remedio que seguirle:

«Cómo va a volver Dios a la tierra,  
si nos lo hemos devorado.»

Sonriendo, con su burla en alto, a veces como una azucena, otras como un látigo, nuestro escritor nos recuerda frecuentemente a Nietzsche: «¡Dios ha muerto!» Este terrible grito, que el padre de Zarathustra lanzó con poderoso impacto sobre nuestra época, ha horadado los espesos muros de muchas filosofías.

¡Dios ha muerto! Pero Montiel Ballesteros se pregunta además si puede morir lo que nunca existió. Esto es, remacha el clavo. Así, juega con esa imagen milenaria, acusa a nuestro tiempo, en caso de que hubiera existido, de nuestra voracidad monstruosa.

Si ponemos sobre el tapete las trágicas síntesis de nuestro tiempo, vemos aquí que hay una acusación ruda contra el cristianismo, que se jacta de ser la única religión verdadera. ¿Tendríamos que evocar los profundos fracasos de la civilización? ¿Y no son, desde las entrañas, fracasos del cristianismo?

¡Es mejor soñar, alma, es mejor soñar! Amemos,

rompámonos el corazón dentro del amor, y quizás habremos creado las más altas realizaciones del destino humano. Así tiene razones candentes este escritor que juega consigo mismo y con los demás; así nos muestra las vías de un destino grandioso que es menester preservar para reconquistar los bienes y los valores de la tierra.

Me parece espejo aforístico de este sentimiento el siguiente párrafo de su libro:

«—Y ése?

—Es el humorista.

—Ah! ¿Y por qué llora?

—Es su manera de reír.»

Creo que Montiel Ballesteros seguirá con su risa humorística y satírica hasta la hora de morir. En buena ley cumple con un alto y esclarecido destino. Para mí, malgrado el pensar avieso de ciertos críticos, es nobilísima beligerancia del alma. Sus aforismos —como sus cuentos, narraciones, fábulas, apólogos y demás— lo retratan de cuerpo entero.

Al filo de estos cincuenta años de escritor hay que darle el sitio destacado que, por derecho natural y espiritual, se ha conquistado. Pero frente a estos cincuenta años, simbólicamente abiertos a todos los pueblos de nuestra América, la risa, la ironía y la sátira de este creador pueden ser inagotable medicina para las voluntades enfermas y las conciencias erosionadas.

RICARDO TUDELA

Julio de 1964.